



GABRIELA GARCÍA DE LEIGH Y MARGARITA RIOFRÍO DE MERINO

MUJERES DEL 11

Fueron testigos privilegiadas –y silenciosas– de muchos de los episodios que hoy se vuelven a tocar y que siguen provocando controversia. Y lo fueron desde el mismo 11 de septiembre. Treinta años después aceptan revelar algunos capítulos inéditos de la historia que vivieron junto a sus maridos, el general Gustavo Leigh y el almirante José Toribio Merino, y también a hablar del juicio histórico, las violaciones a los derechos humanos y el “nunca más”.



GABRIELA GARCÍA DE LEIGH

"GUSTAVO SINTIÓ QUE DEBIÓ HABER ROTO LA JUNTA"

A tres años de la muerte de su marido, decidió salir de su discreto segundo plano para situar a la figura de Gustavo Leigh en el lugar que ella considera que le corresponde. Asegura que su marido no estuvo en conocimiento de las violaciones a los derechos humanos que se cometieron durante el gobierno militar. Y sobre las últimas declaraciones del general (r) Matthei, señala: "Nos pareció un poco rara la demora en dar los resultados, pero Gustavo no supo nada de ese golpe. Tampoco le habría creído mucho a Matthei".

CHERIE ZALAQUETT AQUEA

El aniversario de los 30 años del 11 de septiembre de 1973 le ha caído encima con una vorágine de noticias sobre la época de la Unidad Popular (UP) y con un acento en las violaciones a los derechos humanos que a ella la agobia. "Ni los que vivimos esa época nos acordamos de todo. Nos están haciendo recordar a punta de programas especiales en la televisión", dice Gabriela García de Leigh (60) mientras enciende un cigarrillo. La luz del atardecer se cuele por la ventana del salón. Está sentada en un sofá de cuero junto a la chimenea, y sus canas naturales le realzan en el rostro un aire de nobleza.

"Veo los programas por obligación, no porque añore esos recuerdos. Mi marido participó en la Junta durante los cinco años en que mayormente se produjeron problemas de derechos humanos. Necesito saber si en algún minuto lo culpan a él de algo. Me vería en la obligación de salir a defenderlo".

A propósito, de las revelaciones del general (r) Matthei, quien asegura que la noche del plebiscito, Pinochet estuvo a punto de dar un golpe, comenta: "Nos pareció un poco rara la demora en dar los resultados, pero Gusta-

vo no supo nada de ese golpe. Tampoco le habría creído mucho a Matthei", dice, riendo.

"LE PODÍA COSTAR LA VIDA"

Le cuesta recordar cómo vivió el 73. "Yo tenía 30 años, era absolutamente ajena a la política. Mis dos hijos mayores tenían tres y cuatro años. Mi mundo era la casa, los niños. El único problema que recibía directamente era la falta de leche".

Sólo pocos días antes del 11, recién Gabriela García se dio cuenta de que los acontecimientos se estaban precipitando: "Es falso que hubo preparativos varios meses antes, en lo que se refiere a la Fuerza Aérea. Gustavo no tenía presupuestado dar un golpe. Sólo era consciente de la difícil situación. Cada minuto el ambiente se ponía más tenso. Había una tremenda división donde los malos (la UP) eran sumamente malos y los buenos (militares) no hacían nada y había que tirarles trigo. Había odio, susto, falta de seguridad".

Gabriela García asegura que no hubo contactos directos entre su marido y los otros comandantes en jefe hasta el 8 de septiembre, después del incendiario discurso de

Carlos Altamirano dirigido a la Marina. "Fue la gota que rebalsó el vaso; se trataba de infiltrar a las Fuerzas Armadas, de incitarlas a rebelarse contra los mandos. Era demasiado grave".

Recuerda que ese sábado llegaron a su casa varios generales de la Fuerza Aérea y le dijeron a Leigh que si no actuaban, se iba a producir un desbande dentro de las Fuerzas Armadas. "Mi marido partió a la casa del general Pinochet, a quien no conocía, aunque vivía muy cerca. Y coincidió que cuando Gustavo estaba con él, llegó un almirante enviado por Merino. Traía una carta que decía que el día D iba a ser el 11 y los invitaba a plegarse. La firmaron los tres. Cuando llegó a la casa, regresaron los generales y Gustavo les contó lo que había pasado".

El lunes 10, antes de irse a la oficina, Leigh le dijo: "Después de almuerzo, se va a otro lado con los niños hasta que yo le avise". No le dio mayores explicaciones y ella partió con sus hijos a la casa del coronel de la Fuerza Aérea Eduardo Sepúlveda. En la noche, su marido fue a visitarla. Comentó cuán tenso estaba todo por lo que iba a venir. Y que él se iba a acuartelar en el lugar de mando: la Academia de Guerra Aérea, porque al otro



día se produciría el "pronunciamiento militar". "Sabía que estaba metido en algo muy serio que le podía costar la vida. O pasaban todas las circunstancias como estaban programadas o íbamos a una guerra y mataban a los cuatro comandantes en jefe".

QUIEBRE CON PINOCHET

Aunque Gabriela García sintió que su tranquilidad de matrimonio común y corriente se acabó cuando su marido ascendió a comandante en jefe, lo que vivió después —como una de las cuatro primeras damas— no pudo ser peor. "Mi personalidad es absolutamente quitada de bulla. No me gustan las fiestas ni las reuniones, ni menos presidir cosas. Esos cinco años fueron, de punta a punta, un sacrificio".

El protagonismo de Lucía Hiriart a Gabriela García le vino bien. "Yo, por principio, no peleo con nadie. Estaba feliz de que ella tomara las riendas. Fue fantástico que la Lucía fuera de una desarrollada personalidad y le gustara. Ella tenía mucho amor por lo que estaba haciendo". En cambio, las dis-



crepancias entre Leigh y Pinochet eran motivo de roces constantes: "Había incompatibilidad de caracteres y de opinión entre los dos. Gustavo tenía un equipo de asesores que lo iban guiando en ciertas materias. Le decían que ciertas cosas estaban mal. Él era muy apasionado y si encontraba que alguna proposición era muy absurda, fuera de lugar, llegaba muy tenso, cansado y mal genio".

—¿Cuándo se enteró usted de las violaciones a los derechos humanos?

"Por intermedio de una amiga, señora de un general. Ella trabajaba en Cema y ahí llegaban mujeres de los centros de madres que tenían más confianza con las señoras. Una mujer le dijo que a su marido y a un hijo se los habían llevado y no habían vuelto. La tercera o cuarta vez que ella pidió información, mi amiga me lo contó. Le dije que le preguntáramos a Gustavo, pero yo creo que, honradamente, no queríamos creer que pudiera pasar algo así. Pensábamos que se había ido o que quizás estaba preso".

Gabriela García señala que con lo poco que ella le transmitió a su marido y lo mucho que a él le llegaba por otras vías, se dio cuenta de

que él tenía más clara la película. "Claro que jamás pensó la escala que eso adquirió".

Añade que uno de los grandes problemas que fueron agudizando las relaciones entre Leigh y Pinochet fue la creación de la DINA: "Se creó dependiente de la Junta, con absoluta oposición de Gustavo. Y la DINA no respondió a la Junta. Eso causó muchos problemas futuros, porque Gustavo pedía que se informara lo que estaba haciendo, porque él estaba asumiendo la responsabilidad desde el momento en que firmó el decreto. Nunca se le informó. A su escritorio le llegaban cartas, había gente que le pedía audiencia, y le probaban que determinada persona había sido capturada por servicios de inteligencia. Se creía que podía ser la DINA u otra institución, o gente de la misma izquierda. Pero esto de que fueran secuestrados por sus mismos compañeros, uno empezó a darse cuenta de que no podía ser tan fácil".

Remarca que Leigh también se opuso a firmar el decreto que designó a Pinochet presidente y a las reformas económicas. Según ella, su marido tuvo que firmar muchas leyes que lo amargaron hasta el día que murió:

"A MÍ ME CABEN DUDAS DE SI EL MISMO PINOCHET ESTABA ENTERADO DE TODO. YO LO CONOCÍ DURANTE CINCO AÑOS Y NO LO ENCUENTRO CON EL PERFIL DE ALGUIEN QUE HAYA MANDADO A HACER REALMENTE TODO LO QUE PASÓ".

"No quería firmarlas, sentía que estaban mal; sus asesores le decían que estaban mal, pero llegado el minuto, se veía obligado por las amenazas de 'que tú vas a romper la Junta. Tenemos que estar unidos. No puedes oponerte'. Después de una semana de guerra en que le presentaban el decreto firmado por los otros tres y él haber peleado todo lo que le fue humanamente posible, firmaba. Hasta su muerte, Gustavo sintió que debía haber roto la Junta de Gobierno".

El 24 de julio de 1978 fue un día muy angustiante para Gabriela García. Ella, como presidenta de Conapran, tenía oficina al lado de su marido en el edificio Diego Portales. "Llegué a las nueve de la mañana. El edecán de Gustavo me dijo que él estaba en el Ministerio de Defensa. Llamaba para allá, pero estaban cortadas las comunicaciones. Nadie sabía lo que estaba pasando".

La incertidumbre se prolongó toda la mañana. Después de almuerzo, ella se fue a su casa y empezaron a llegar allá la mayoría de las señoras de los generales que pasaron a retiro en solidaridad con Leigh. Nadie se podía comunicar con ellos. Recién cerca de las siete de la tarde llegó su marido. Había sido destituido. "Para mí fue la alegría y la

tranquilidad más grande. Primero por verlo que llegó bien y después porque este cuento de ser señora importante, se terminaba. Egoístamente era lo único que pensaba en ese momento. Hoy siento mucha vergüenza al respecto".

Leigh le relató los pormenores: "Gustavo había dado una entrevista al *Corriere de la Sera* en la que dijo que si se probaba que la Junta o el gobierno de Chile tenían responsabilidad en el asesinato de Letelier, él reconsideraría su posición dentro de la Junta. Eso no le gustó a Pinochet y llegaron a un punto irreconciliable".

Dentro de esa crisis, cuenta, Leigh insistió en ponerle un plazo máximo de cinco años a la Junta; pidió que se reabrieran los registros electorales y que en dos años se volviera a la normalidad con elecciones libres. "La posición de la Junta era que se retractaba de lo que había dicho, a través de una declaración pública pidiéndole disculpas a la Junta, o se iba. Él dijo: 'Yo no renuncio'".

Lo que más le dolió fue que el decreto que les había dado forma no contemplaba en ningún acápite la destitución de uno de

ellos. Sólo había un artículo que se refería a la imposibilidad absoluta de ejercer el cargo, por razones de salud. "A él lo destituyeron por incapacidad física de ejercer el cargo, lo cual vendría siendo como incapacidad mental. Se sintió traicionado, pasado a llevar en una forma que él estimaba inconstitucional. Pero creo que fue lo mejor para él. Siguieron tiempos de cosas mucho más difíciles en que habría tenido que seguir oponiéndose".

Tras su salida llevaron una vida bastante normal, aunque sufrieron graves sobresaltos como el asesinato de Tucapel Jiménez que ocurrió después de una comida con Leigh y que lo dejó bastante impactado, porque eran muy amigos. Y, posteriormente el trágico atentado que sufrió por parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en su oficina. "Quedó en muy malas condiciones. Perdió un ojo y sufrió molestias en los brazos en los meses sucesivos. Pero para cinco balazos, el daño fue mínimo".

"LOS ALTOS MANDOS NO SABÍAN MUCHAS COSAS"

Solidaria con su marido, Gabriela votó por el "No" y por Aylwin, aunque prefirió no



opinar sobre los tres gobiernos de la Concertación. Advierte que en los cinco años que estuvo como señora de miembro de la Junta, no vio todo el horror de las violaciones a los derechos humanos que hoy se muestra: "No olí, no palpé la posibilidad de que se estuvieran sobrepasando los derechos humanos, produciéndose torturas y vejaciones a gente por diferencias políticas y de pensamiento. En cambio ahora parece que lo único que se hizo fue eso. Yo no lo palpé, pero indudablemente existió. Lo cual es pésimo, no puedo estar de acuerdo ni defender, pero creo que la historia al final va a decantar todo esto y vamos a poder llegar a la verdad. Sé que Gustavo no estuvo en conocimiento de atrocidades que se cometieron y que ahora han salido a la luz".

-¿No supo que hubo cuerpos que fueron ocultados, removidos y lanzados al mar?

"No sabía de las remociones. Nosotros pensábamos que ni los muertos existían. No sabíamos que los hubieran estado moviendo. Nos causa gran pesar. Creo que el gran error fue no haber entregado los cuerpos en el momento adecuado".

Admite que Leigh supo, o al menos tuvo sospechas, de que hubo cuerpos lanzados al mar: "Había helicópteros en un regimiento al lado de San Antonio. Ese regimiento, que ya no existe, estaba muy cerca del mar. Eso lo hacía posible, pero durante su periodo en la Junta no tuvo constancia de eso. Sí después, porque las cosas empezaron a salir".

-Su marido fue el primer miembro de la Junta procesado por el ministro Carlos Cerda por violaciones a los derechos humanos en 1986. En esa causa, el juez procesó a 40 personas por la desaparición en 1976 de 10 militantes comunistas...

"Sí, a Gustavo le dio mucha indignación cuando se sobreeseyó la causa por la Ley de

Amnistía. Él, como comandante en jefe, se hacía responsable de todo lo que hubiera hecho y no hecho la Fuerza Aérea. Asumió esa responsabilidad moral y por eso quería que se investigara a fondo. Si todo lo que hizo la Fuerza Aérea fue público. Se hicieron Consejos de Guerra al que fueron los periodistas. Muchos de los que murieron no eran santas palomas. Fueron juzgados, se escuchó a sus defensores, se acumularon las pruebas que justificaban las sentencias posteriores. Había culpas. Ahora, estos mismos personajes dicen que no eran culpables de lo que se les acusó, entonces yo no entiendo nada".

-El ministro lo procesó por su responsabilidad en el Comando Conjunto...

"El Comando Conjunto es un problema ajeno a la institución, pero por la cadena de mando hay que asumirlo. Cuando un agente que había trabajado para los servicios de inteligencia hizo declaraciones desde Francia, a Gustavo le causó molestia. Era muy amigo de Enrique Ruiz y sabía perfectamente lo que había hecho Queco en la Fuerza Aérea. Y estos asesinatos y secuestros del Comando Conjunto (donde había civiles también) fueron al margen de la Fuerza Aérea. Es cierto que el Wally había estado en la Fuerza Aérea, cooperando con inteligencia, pero después de cumplir con sus horas de trabajo, se hacía 'horas extraordinarias' por su cuenta. Espero que la historia cuente detalles como ese algún día. Hoy no nos creen que no fue con conocimiento del mando y que muchos corrieron con colores propios. Pero espero que algún día salga la verdad. Igual como durante tantos años se dijo que el presidente Allende había sido asesinado".

-¿Que le pareció el "Nunca más" del general Cheyre?

"Correcto. Nunca más se va a producir

una situación como la que vivió Chile. Eso es lo que todos esperamos. Todos quisiéramos que el pasado quede atrás. Pero no se va a conseguir. Veo muy difícil la reconciliación. Está lejana aún, especialmente porque no hay ánimo de olvidar. Probablemente no se puede. La gente siente que no se pueden olvidar padres, hermanos.

Gabriela García espera que la historia dirá algún día que el problema de los derechos humanos no fue tan atroz como lo pintan ahora ni fue tan suave como insiste la otra parte. "Es la ley del péndulo. Antes todo estaba bien, dentro del marco legal, todo era correcto, se hacía por el bien del país. Ahora pasamos al otro extremo: todo se hizo en la peor forma, todos los muertos no tuvieron ninguna razón. Si ayer eran brujos todos los de izquierda, hoy son brujos todos los del gobierno militar. Cuando el péndulo llegue a su centro, espero en Dios que llegue a decantarse todo. Y se distinga los que fueron juzgados y fusilados por razones del momento, y los otros de quienes hay que buscar quiénes fueron los responsables".

Recuerda que cuando Leigh leyó el Informe Rettig se dio cuenta de que habían pasado muchas cosas que no conoció el resto de la Junta. "A mí me caben dudas de si el mismo Pinochet estaba enterado de todo. Yo lo conocí durante cinco años y no lo encuentro con el perfil de alguien que haya mandado a hacer realmente todo lo que pasó. Incluso no creo que el mismo general (r) Contreras haya mandado a hacer todo lo que se hizo. Tiene que haber sido gente que pierde la razón en condiciones de verse con poder, con un arma en la mano, con cierta impunidad o bien estaban trastornados".

Gabriela García comenta que aunque Leigh y Pinochet no volvieron a dirigirse la palabra, a su marido le dolió que lo hubiesen detenido en Londres. "Fue una solidaridad de camaradas. Nada más". ■



MARGARITA RIOFRÍO DE MERINO

"CHEYRE TIENE TODA LA RAZÓN CON SU NUNCA MÁS"

La viuda del almirante Merino rompe su silencio para defender el 11 de septiembre de 1973, revelar el pensamiento de su marido después de 1990 y para criticar lo que llama "manipulación" de las violaciones a los derechos humanos. Siente que, lejos de cerrar el tema, este será "ad eternum. ¿Cree que Viviana Díaz va a dejar de hacer declaraciones porque Guastavino o el general Cheyre hicieron una?". No le gusta tampoco que se hable de reconciliación, "porque eso marca una brecha".

PAULA CODDOU B.

Hablar de reconciliación, de derechos humanos y del juicio actual al 11 de septiembre de 1973 no es fácil para Margarita Riofrío. Ella siempre se caracterizó por su prudencia, y su discreto papel detrás de su marido, José Toribio Merino. Con el almirante Merino tenían estilos muy distintos, pero ella le celebraba siempre sus célebres salidas. Quizá uno de los episodios en que más se comentó la influencia de Margarita Riofrío en él fue cuando, en uno de los clásicos "martes de Merino", este comparó a monseñor Fresno con el Chapulín Colorado. Eran los tiempos en que se gestaba el Acuerdo Nacional y el obispo tenía un papel preponderante. Se dijo entonces que ella, muy católica, lo reprendió fuerte.

"Tampoco fue para tanto. Conversábamos las cosas. Él tenía mucho ingenio", dice excusándolo. El almirante terminó disculpándose con Fresno.

Después del 11 de septiembre, Margarita se volcó en Coanil; siempre sintió que la política no le correspondía. Pero hoy cree que es una responsabilidad hablar. Y lo hace a su manera, muy suave, pero sin ambigüedades. "Se dicen tantas cosas que no son ciertas. Y hay hasta su poco de maldad, pienso yo. Entonces, hay que hablar de lo que realmente

fue el 11 de septiembre de 1973: un sacrificio tan grande. El riesgo de vida que tomó José Toribio fue enorme".

En una pared del departamento de Margarita Riofrío en la avenida Santa Martín, en Viña del Mar, está enmarcada la carta manuscrita que el almirante envió a los generales Leight y Pinochet, el sábado 8 de septiembre de 1973, notificándoles que el día D sería el 11. Mucha gente, relata hoy su mujer, había llegado hasta la casa de Merino los meses previos al golpe, a solicitarle que hiciera algo. Margarita Riofrío también se lo pedía. Estaba atemorizada, a sus niñas no las dejaba salir solas. "Era un riesgo a cada paso".

La vida a ella se le hacía insoportable, por lo que comenzó a reunirse con otras mujeres, esposas de marinos. "Una vez José Toribio me dijo que yo era como un termómetro, porque, siendo muy tranquila, me empecé a reunir con señoras antes del 11, tratando de hacer algo, no de presionarlos, pero estábamos todas de acuerdo. Y eso hablaba de la situación. Ni él mismo pensó que llegaría un momento tan dramático para Chile, tan fuerte. Pero hoy esas cosas nadie las cuenta".

Ella sólo supo lo que estaba preparando su marido el 10 de septiembre, a las 10 de la noche. Antes, él no le había dicho ni una palabra. "Margarita, ha llegado un momento muy difícil. Tiene que pensar adónde se

va a ir con las niñas: yo no quiero saber adónde se vayan, porque no sé qué va a pasar, ni si nos vamos a volver a ver", le dijo el almirante a Margarita.

Merino se despidió de sus tres hijas, "que lloraban a mares, y no lo dejaban irse. ¡Fue dramático!, despedirse en vida de una persona que está buena y sana, sabiendo que le puede pasar cualquier cosa", recuerda ella. Sólo varios días después volvieron a verlo.

La vida, añade la viuda de Merino, se cambió absolutamente. "Recuerdo que una vez mi hija Teresita le ofreció a una vecina venirse juntas del colegio. Y ella le respondió: 'Mis papás no me dejan porque dicen que me pueden matar en el camino'. Y esto se lo dicen a una niña. ¡Es muy duro!".

"EL DOLOR HA SIDO MANIPULADO"

Algunos atribuyen la buena relación del almirante y el general Pinochet a que ambos fueron amigos de jóvenes. Otros, a que Merino nunca intentó recalcar que fue el gran gestor del golpe. Su mujer, sin embargo, tiene otra impresión: "José Toribio fue muy sabio. Era muy inteligente y también sabía estar en un segundo lugar, reunir todas las virtudes en beneficio de su país, olvidarse de sí mismo para que a lo mejor brillara otra persona, porque eso le producía un bien al

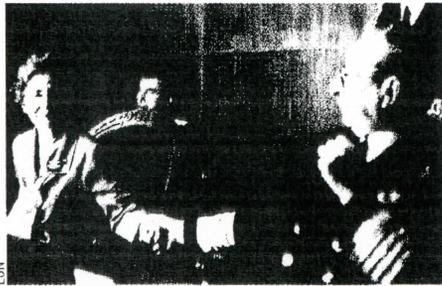


país. No un bien personal. Eso no lo buscaron jamás las Fuerzas Armadas, ni el general Pinochet ni ninguno de los que estaban ahí". A Margarita Riofrío le parece lógico que el protagonismo se lo llevara el Ejército, por antigüedad y porque, como institución, es mucho más grande que la Marina.

Ella también tuvo su cuota de sabiduría para entenderse bien con Lucía Hiriart, una persona que claramente no gozaba de las simpatías de todos los cercanos al general Pinochet. "La Lucía tenía mucho carácter y energía, batallaba mucho. Entre las cuatro nos entendíamos muy bien, nunca comentábamos de política, tal vez cosas del momento".

Margarita Riofrío se hizo cargo de la Corporación de Ayuda al Niño Limitado (Coanil) y se dedicó completamente a eso: "Que yo hablara de otras materias no correspondía. Para eso estaba mi marido".

Sobre las violaciones a los derechos humanos, ella considera que ahora, a 30 años del Golpe, el tema está exagerado y mani-



pulado. "Hay que pensar que estábamos a las puertas de una guerra civil y el costo fue muy inferior al que se habría pagado si hubiera seguido adelante la Unidad Popular". Le parece injusto extrapolar todo a la visión actual: "Claro, hoy uno se toma la cabeza y piensa '¿cómo en un momento se pudo haber matado a mil personas en este país?'. Pero, ¿cuántas habrían sido las reales víctimas si no se pone fin a lo que estaba ocurriendo antes del 11?".

Sin embargo, relata que su marido y ella no hablaban mucho del tema.

-¿Piensa que el almirante Merino no tuvo toda la información o no la dimensionó?

"Seguramente no supo todo, pero a pesar de eso decidió que había que tomar un camino. Me habría encantado otra solución, pero no la había".

Tampoco, añade, conversaron mucho sobre el general Manuel Contreras. "Había que tener un sistema de protección, de inteligencia. Incluso nosotros y mucha gente estábamos en la lista de esta gente para ser asesinados, sin motivo. Había que tratar de sacar este odio que se estaba gestando y se trató de actuar lo más pronto posible".

-¿El dolor de los familiares de los desaparecidos le llega?

"Por supuesto que cualquier muerte es dolorosa, pero ha sido muy manipulado. No lo usamos en contra del propio país, no en contra de las Fuerzas Armadas porque son parte de este país, y parte fundamental".

Los oficiales de la Armada recuerdan a Margarita Riofrío por su gran preocupación por las señoras de los marinos. Ella recorrió de Arica a Puerto Williams visitándolas. Entre estos viajes estuvo la isla Dawson, pero bastante tiempo después de que fuera centro de detención de personeros del gobierno de la Unidad Popular. Hoy, reconoce que la tiene molesta la idea de algunos ex detenidos de volver a la isla: "No corresponde, son cosas pasadas y que ahora estén revolviéndolas con eso, no hay derecho".

-¿No sería un buen fin del tema?

"Es utilizar un tema que ya está atrás".

A Margarita le afecta todo lo que se ha

a la calle, una vez que el plebiscito se perdió.

"De una situación grave me habría enterado", responde escueta.

Margarita Riofrío siente un enorme cariño por el general (r) Pinochet y siempre repite que su marido se hubiera muerto de tristeza cuando lo detuvieron en Inglaterra. "Él, que estuvo internado en Londres, que fue agregado naval allá, que se carteaba con Margaret Thatcher... Es la única vez en estos años que pensé: 'qué alegría que esté en el cielo y no aquí'", ha dicho.

Sobre el ex comandante en jefe, es enfático: "No tiene perdón de Dios que lo sigan poniendo en el tapete cuando los años pasan, y después de lo que hizo por Chile...".

-¿Cree que la gente que estaba cerca se ha alejado de él?

"Están en otra, en realidad. Ha pasado mucho tiempo".

Con el ex presidente y su señora se ven de vez en cuando. La última vez fue en el vera-

"JOSÉ TORIBIO FUE MUY SABIO. ERA MUY INTELIGENTE Y TAMBIÉN SABÍA ESTAR EN UN SEGUNDO LUGAR, REUNIR TODAS LAS VIRTUDES EN BENEFICIO DE SU PAÍS, OLVIDARSE DE SÍ MISMO PARA QUE A LO MEJOR BRILLARA OTRA PERSONA, PORQUE ESO LE PRODUCÍA UN BIEN AL PAÍS".

dicho sobre el buque escuela *Esmeralda* —que fue prisión y lugar de tortura después del 11— y no quiere referirse al tema. Tampoco, al paso del almirante Arancibia a senador de la UDI. Siempre fue diplomática "y hoy no voy a ser menos. No me gusta hablar del tema ni tengo por qué analizarlo, porque no me incumbe".

LA TRISTEZA DEL ALMIRANTE

No son los únicos capítulos de la historia reciente que ella prefiere evitar. Dentro de ellos, también está la cuasi guerra con Argentina, a fines de 1978 o el plebiscito de octubre de 1988, pese a que siempre se dijo que Merino fue clave en impedir que el general Pinochet sacara soldados esa noche a la calle, lo que confirmó el domingo pasado el general (r) Fernando Matthei, al declarar que el entonces presidente quiso desconocer el triunfo del "No". Margarita recuerda así esa época: "Estuvo muy triste. Triste por su país. Sintió que habíamos llegado ahí, a las puertas de cruzar a otro umbral".

-El fin de semana pasado, el general (r) Matthei señaló que él y su marido frenaron al general Pinochet para que no sacara militares

no, para el aniversario de matrimonio de los Pinochet Hiriart. "Él está tan bien, de su cabeza, regio. La última vez que lo vi hicimos recuerdos tan agradables. Él también tiene tanto ingenio. Como lo tenía José Toribio, un vacío tan difícil de llenar para mí. Con él, no se pasaban penas".

De hecho, ella y su hija Angélica sacan a relucir un episodio que hasta hoy les causa mucha gracia: cuando el almirante estaba internado en el Hospital Naval, un noticiero anunció su fallecimiento. Cuando ellas llegaron a verlo, le preguntaron cómo se sentía: "Bien, para estar muerto", les contestó.

Uno de los recuerdos más emotivos de los últimos días del almirante Merino —que murió el 30 agosto de 1996— fue la visita que Pinochet le hizo al Hospital Naval. "Augusto lo vino a ver al hospital y salió muy afectado. José Toribio estaba muy lúcido, un ejemplo de valentía en todo sentido. Se despidió del general Pinochet. Lo que hablaron, lo hicieron a solas".

El almirante, dice su señora, murió con la preocupación de que Chile estuvo *ad portas* de ser un país desarrollado, y que ya no lo lograría. El mismo sentimiento les expresó el día en que Pinochet le entregó la banda



presidencial a Patricio Aylwin. "Él quería que su país fuera una tierra donde todos tuvieran un bienestar, que fuera una patria libre y grande. Y en este momento no se está haciendo feliz a la gente. Y revuelven todo el día el tema de los derechos humanos".

El almirante Merino no habló nunca más después de que dejó su cargo de comandante en jefe de la Armada, en marzo de 1990. "Él estaría sufriendo. Nunca más habló después de que salió de su cargo y para él era un dolor muy grande cuando se empezó a revolver todo esto, a poner en duda, a dejar bien a los políticos y mal a las Fuerzas Armadas. Todo esto para él habría sido un dolor inmenso".

-¿Cree que los chilenos estamos reconciliados?

"Ya no existe eso de que las Fuerzas Armadas son del otro lado. Sí creo que hay intereses creados en dividir a los chilenos y que, precisamente, no vienen de las Fuerzas Armadas, sino de parte de los políticos. Es como un volador de luces ante cualquier tema complicado. ¿Quiénes son los que están incitando a los chilenos? ¿Quiénes son los que no han dejado que esto decante jamás?".

-¿Se quiere empañar al gobierno militar dice usted?

"Claro que sí. Y me duele, me duele que haya maldad. Más, cuando se habla de personas que ya no están para aclarar las cosas. Es como si lo hicieran por la espalda. Otra vez exacerbando los ánimos, y ellos tienen todos los medios publicitarios para decir cualquier cosa".

-¿Piensa que para llegar a La Moneda, la derecha debe desembarazarse del pasado?

"Tal vez sí. ¡Es la vida! Pero es como desconocer lo que hizo el gobierno militar. Eso

lo están tratando de desconocer y echarle barro a toda costa".

"NO SE PUEDE HABLAR DE RECONCILIACIÓN"

Margarita Riofrío comenta con humor el *mea culpa* que hizo hace un par de semanas el actual intendente de Valparaíso, Luis Guastavino, ex comunista, en el sentido de su responsabilidad en azuzar los ánimos durante la UP. "Más vale tarde que nunca (se ríe). Lo valoro, por supuesto. Es bueno que ahora empiecen a remar para buen lado".

-¿No cree que es una manera de cerrar el tema?

"No. Será *ad eternum*. ¿Cree que Viviana Díaz va a dejar de hacer declaraciones porque Guastavino o Cheyre hicieron una declaración? No, porque hay intereses de por medio".

Especialmente le duele lo que siente como un desconocimiento a la obra económica del gobierno militar, porque el almirante Merino fue un eje fundamental en ella.

-¿No cree que eso está ampliamente reconocido?

"Nadie ha tenido esa generosidad para reconocer. Quizá son pocos. La balanza está desequilibrada. Por eso, lo más sabio es que no se puede seguir hablando de reconciliación, porque eso está marcando una brecha. Y hay algo que es insondable, que no vas a poder parar nunca".

-¿Los políticos no dejan a las Fuerzas Armadas dar ese paso?

"No, y por todos lados. Crearon esta palabra, reconciliación. Pero si el general X, o el almirante Y, dijeran en realidad, esto es tremendo, aquí está mi cabeza, ¿se va a re-

vivir a la señora, el hijo, al papá de... No, cada uno tiene que asumir los costos y los políticos, así como lo hizo Luis Guastavino, tienen que hacerlo".

-¿Qué siente frente a las declaraciones del general Cheyre del "nunca más"?

"Tiene toda la razón, pero la situación no la creó el Ejército ni la Marina, ni las Fuerzas Armadas. La crearon los civiles".

-El general Cheyre hizo un *mea culpa* desde el Ejército.

"Hace un *mea culpa* y obviamente que puede haber habido excesos, por veinte mil razones, y eso no queremos que se repita. Nadie lo quiere y sería una brutalidad que se repitiera".

-¿Cree que a las Fuerzas Armadas les ha faltado empuje este tiempo para defender lo que hicieron y están cercados?

"Es que hoy hay generaciones jóvenes que no pasaron por eso, eran más chicos y no vivieron la realidad en que estaba Chile. Pero sí es importante querer que nunca más se deba vivir otro 11 de septiembre, y aunar esfuerzos para que nada de esto vuelva a pasar".

-¿Cómo fue para usted volver a tener un gobierno de izquierda 30 años después?

"Mire, duele. Pero en el sentido que siento que se podría haber hecho tanto, el país quedó en un pie tan estupendo para salir adelante, con tanto esfuerzo con que se salió de ese hoyo en que estuvimos, y pienso podríamos estar mucho mejor que lo que estamos".

-¿Le molesta que los gobiernos de la Concertación hayan sido tan críticos del gobierno militar, cuando un sector estuvo con el Golpe?

"Me duele que hablen del golpe. ¡Qué golpe! Fue un cambio de gobierno. Me parece una ofensa esa palabra...". ■